

Adriana Minardi¹
*Universidad de Buenos Aires /
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Argentina*

Sofía Lamarca²
*Universidad de Buenos Aires
Argentina*

**PALADEAR LA MEMORIA QUE SE ABRE EN LA RUINA DEL PRESENTE...
AMISTAD, IDENTIDAD DE GÉNERO Y NACIÓN EN BEATRIZ GIMENO**

Resumen

En el presente trabajo nos proponemos discutir el concepto de posmemoria en relación con algunos textos críticos sobre la herencia ideológica de la Guerra Civil (que asume la deconstrucción del ideologema «las dos Españas») y la dictadura franquista escritos por una exponente de la llamada segunda generación, Beatriz Gimeno (Madrid, 1962). Como referente disidente, resulta clave en su narrativa y poética la articulación del lugar de la familia desde la fragmentación y ajenidad a la vez que se plasma un modo vivencial y contestatario de recuperación de las voces sexodivergentes de la represión franquista, en especial el del feminismo lésbico.

Palabras clave: Memoria, Posmemoria, Deseo, Beatriz Gimeno, Franquismo.

**TASTE THE MEMORY THAT OPENS IN THE RUIN OF THE PRESENT...
FRIENDSHIP, GENDER IDENTITY AND NATION IN BEATRIZ GIMENO**

Summary

In the present work we intend to discuss the concept of postmemory in relation to some critical texts on the ideological heritage of the civil war (which assumes the deconstruction of the “two Spains” ideology) and the Franco dictatorship written by an exponent of the so-called second generation, Beatriz Gimeno (Madrid, 1962). As a dissident reference, the articulation of the place of the family from fragmentation and alienation is key in his narrative and poetics, while at the same time expressing an experiential and rebellious way of recovering the sexodivergent voices of Francoist repression, especially that of lesbian feminism.

Key words: Memory, Postmemory, Desire, Beatriz Gimeno, Francoism.

¹ adrianaminardi@hotmail.com

² sofiablamarca@gmail.com



1. Introducción: estudios de género, lesbianismo e identidad política

En este artículo proponemos discutir los “modos de narrar” propios de la herencia afín al franquismo y la transición, así como también respecto del concepto de nación como “esencia” que pensamos como un “artefacto cultural” que posee lógicas de sentido en las que es el cuerpo quien diseña las estrategias si nos paramos desde el abordaje de Gayle Rubin (1986). Pues se trata de elementos que suponen la representación de prácticas en las que el testigo moral se pregunta sobre la autorreflexividad y el modo identitario de la memoria cultural. Como podemos ver, memoria e identidad son dos construcciones que permiten la resistencia de una forma política y ética cuyos sentidos, desde la perspectiva de Wittig (1992), marcan la necesidad de ruptura verbal o argumental. Para poder ilustrar estos conceptos, analizaremos la novela *Su cuerpo era su gozo* (Gimeno 2005). La novela, atravesada por dos linealidades temporales, construye relatos que se entrecruzan para contar una historia del amor y del deseo en el desvío normativo sexual y político, permitiendo indagar en los modos que revelan ese ser *por fuera de la norma*, se ha concebido desde las narrativas estatales, médicas y sociales desde la lógica de la construcción de memoria patriarcal y nacionalista católica. Asimismo, en el poemario *Al menos flores, al menos cantos* (Gimeno 2012), las voces que encarnan la poética se “derrumban” y “caen” para que solo sea el cuerpo el que enuncie el deseo. En este sentido, la corporalidad, como quería también García Lorca, se evidencia como discurso desbordado. Amistad y resistencia, deseo y dolor, ponen de manifiesto el camino sinuoso de una construcción identitaria que desafíe prácticas históricas, sociales, que han instalado una memoria heteropatriarcal estatal y médicamente.

En el derrotero argumental, discutiremos las razones y objeciones respecto del concepto de posmemoria en una novela reciente sobre la Guerra Civil y la dictadura franquista, escrita por una exponente de la llamada segunda generación. *Su cuerpo era su gozo* de Beatriz Gimeno³ articula el lugar de la familia desde la fragmentación y ajenidad a la vez que construye un modo vivencial y al mismo tiempo contestatario de recuperación de las voces homosexuales de la represión franquista, en especial el del feminismo lésbico. A la necesidad del testigo moral como primer punto de partida, se suma el concepto de alianza, tal como lo entendemos en el análisis que propone este trabajo, y que funciona en respuesta al «intercambio de mujeres», conceptualizado por Gayle Rubin (1986) a partir de su relectura de Levi Strauss. Allí, postula que «si el objeto

³ Beatriz Gimeno es miembro del Consejo editorial de Tránsversales. Ha sido presidenta de la Federación estatal de Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales. Política y actual directora del Instituto de la Mujer. Escritora, autora, entre otras obras, de *Su cuerpo era su gozo* e *Historia y análisis político del lesbianismo*.

de la transacción son mujeres, entonces son los hombres quienes las dan y las toman los que se vinculan, y la mujer es el conductor de una relación, antes que participen en ella» (Rubin 1986: 116) Si las relaciones entre varones producen intercambios a nivel económico, político y social, entendemos que, en contrapartida, las relaciones entre mujeres pueden funcionar como una alianza de resistencia contra el intercambio. Con el antecedente del concepto de *affidamento*⁴, acuñado por las feministas italianas de la diferencia, esta alianza toma hoy la forma en la categoría *sororidad*. Este, como término que surge en principio fuera de la academia, comienza a sistematizarse como categoría factible para el análisis de operaciones políticas, sociales y también culturales. Las pensadoras españolas y latinoamericanas han producido teoría a partir de este concepto, siendo su mayor referente Marcela Lagarde de los Ríos. En el texto «Pacto entre mujeres: sororidad» (2006) reconstruye la etimología del término, afirmando que «Sororidad del latín soror, sororis, hermana, e-idad, relativo a, calidad de» (Lagarde 2006: 126) y partiendo de esta etimología construye la red conceptual de significaciones alrededor del pacto y la alianza. Entiende, entonces, la sororidad como una dimensión ética, política, y práctica en la que se prioriza la búsqueda de las mujeres de alianzas existenciales y políticas, cuerpo a cuerpo, subjetividad a subjetividad con otras mujeres, para concluir con la opresión y contribuir con apoyo mutuo al poderío de todas. En su libro *Claves feministas para mis socias de la vida* (2015), sistematiza varios de sus aportes y comienza a poner en funcionamiento el concepto de sororidad, ligado a los conceptos de poder y liderazgos femeninos. De todos modos, la categoría es útil pero riesgosa, porque tiende a homogeneizar la categoría “mujeres”, invisibilizando experiencias, orígenes, problemáticas y opresiones diversas.

Por estas razones es particularmente interesante investigar cómo las categorías de alianza y sororidad, al tratarse de relaciones de resistencia, pero también del buen vivir, permiten pensar en sus propias derivas. En este sentido, puede interrogarse y problematizarse el lugar del deseo en estas alianzas. ¿Pueden la amistad y la alianza organizar distinto las derivas del deseo? Consideramos que los vínculos entre mujeres como fuga de la norma permiten también nuevos modos de la organización del deseo, sobre todo a partir de un diálogo posible entre las teorías de la alianza y las de la sexualidad disidente. Así como Gayle Rubin plantea que el intercambio de mujeres posibilita la reproducción social, económica y política, Monique Wittig afirma que los discursos opresivos producen y despliegan la creencia de que las fundaciones de las

⁴ *Affidamento*, llamaban las feministas italianas de la diferencia, a una práctica de confianza y cuidado mutuo entre mujeres. Sostenían que, en el patriarcado, a las mujeres, como mandato primario de obediencia al padre, se nos enseña a desconfiar de las otras, a pensar que nuestra otra igual era nuestra peor enemiga, empezando por la propia madre, terminando por la propia hija. Las mujeres, decían, no tenemos historia como grupo, nuestra adscripción primara ha sido con el padre y su ley.

sociedades están dadas por el régimen heterosexual. Así, «vivir en sociedad es vivir en la heterosexualidad» (Wittig 1992: 66) Nuevamente, son las relaciones entre las mujeres las que permiten una huida o escape a ese régimen que las oprime, aunque en esa operación sean expulsadas y desertoras. La expulsión de las lesbianas del régimen heterosexual produce así su invisibilización, problemática trabajada de manera recurrente por los estudios lesbianos. Para el caso español en particular, esta deserción está vinculada con un proyecto que, específicamente, solicita de las mujeres un compromiso con el matrimonio y la maternidad. Para Beatriz Gimeno, «la necesidad económica de casarse o emparejarse sigue siendo una constante que invisibiliza el lesbianismo más que cualquier ley» (Gimeno 2005b: 188) haciendo referencia a que la represión sobre las mujeres lesbianas no está específicamente normada, como sí lo está la homosexualidad masculina a través del castigo, pues el mandato primario es el relativo a la institución familia. Deserción e invisibilidad, exclusión y no existencia, serán los pilares fundamentales de la persecución hacia las lesbianas. Como afirman Dolores Juliano y Raquel Osborne, «el lesbianismo oficialmente no existía porque no se puede hablar de lo que no existe» y «reconocer su existencia hubiera implicado reconocer que ese orden [masculino franquista] no incluía todas las posibilidades, que había otras formas posibles de organizar la vida [...] Eso no existía como opción; en todo caso sería una patología, y de las patologías se encargaban las familias y el sistema médico-psicológico» (Juliano y Osborne 2008: 7) Así, las autoras consideradas dejan en claro de qué modo las lesbianas quedan por fuera de los circuitos nacionales y heteropatriarcales, por momentos como resistencia a ese modelo, y por momentos como castigo por una vida por fuera de la norma.

En la novela *Su cuerpo era su gozo* la relación de amistad opera como alianza para el avance de la trama, pero se funda en un deseo disidente que escapa a la heterosexualidad obligatoria. En este sentido, aunque el marco teórico trabajado en este texto sea referido a las existencias lesbianas, es menester dejar en claro que esa denominación no aparece en la novela ni una sola vez, problemática que será desarrollada más adelante. Asimismo, en el poemario *Al menos flores, al menos cantos*, la voz poética está atravesada por la deconstrucción de los estereotipos románticos heteropatriarcales, pero esa operación no se detiene en la simple exposición de denuncia o desmontaje antinómico, sino que despliega dos movimientos que permiten pensar en la importancia de la identidad en términos de lazos: el que llamamos “de retorsión litótica”, por un lado y el de la tópica del despojo.

2. Memoria/Posmemoria

Si toda memoria histórica supone una política de la memoria, esta relación se ve reflejada en un imperativo ético que, tras procesos autoritarios y dictatoriales, ha sido el



agente de la apertura de diferentes archivos: rescate de lugares de memoria, fosas comunes, documentos de servicios de inteligencia, entre otros. Lo que el olvido permite es la perpetuación de una memoria selectiva que, en España, con diversos matices, mantiene una cierta «economía y administración del recuerdo» (Nora 1997: 13) que aún hoy tiene su contracara en la exigencia de verdad. Esa verdad, que pareciera contraponerse a las formas de recuperación de la memoria colectiva, tiene por objeto buscar la integración del saber, sentir, actuar, colectivos (Winter 2006). Las creencias colectivas asumen una política de la memoria que deja de leer en la historia los relatos mitificados de la caída y del progreso, para buscar restos en la microhistoria cotidiana. La historia estaría así sumida en procesos de cambio constante lo que sería, a su vez, el indicio de un quiebre entre la memoria transmitida (*Erfahrung*) y la vivida (*Erlebnis*). Este punto es central para comprender también el desplazamiento de la memoria comunicativa a la memoria cultural. La memoria brinda una dimensión temporal así como una conciencia del pasado y, de esta manera, la obliga a enfrentarse con sus propias condiciones de existencia que son colectivas, en el sentido en que lo define Maurice Halbwachs (1968). Las memorias comunicativas de aquellos silencios u olvidos deben reconstruirse para entrar en el campo de la memoria colectiva, que es la que se compone tanto de la memoria oficial, histórica, como de la comunicativa. La memoria posee, sin lugar a dudas, un “estatuto matricial”. De este estatuto prevalece como fundamento interior, el proceso de presentificación llamado también *Vergegenwärtigung* que polariza los acontecimientos en historia anterior y posterior y singulariza la historia. La Historia (que no es ciencia porque en sí misma es una forma de recuerdo por el archivo), mediante la flexión metanarrativa, reifica la memoria (Ricoeur 2000; Hutton 1993), pero es la primera la que le otorga su cualidad final: el sustrato subjetivo a partir de las dos dimensiones complementarias, según señalara Friedrich Hegel, de historia *rerum gestarum* y *res gestae*. El estatuto matricial de la memoria, en relación con la Historia, estaría en el eje de la narración como organización necesaria y determinante de lo temporal. Allí aparece otra noción complementaria y generadora de la noción de “archivo”: el lugar de la memoria. Los lugares de la memoria han sido definidos desde la óptica de aquellos artefactos, concretos y simbólicos, que un estado utiliza para afianzar su posición hegemónica.

Pierre Nora (1997) vuelve sobre el problema de la aceleración de la historia, la oposición Historia/Memoria y el argumento de la continuidad para analizar los relatos de los lugares de la memoria, relatos sordos que guardan relación tanto con la memoria histórica como con la colectiva. En este sentido, Nora entiende que la memoria es una consecuencia simbólica de los marcos sociales; por esto reviste carácter sagrado y cambiante, mientras que la historia es la representación del pasado y la distancia respecto del presente. Explica Nora que analizará la construcción de los eventos en el tiempo; por lo tanto, lo que le interesa revisar es su significación, no el pasado tal como tuvo lugar,

sino sus reempleos, usos y desusos y la pregnancia sobre el presente, dando lugar a diversas vías de asimilar e interrogar las imágenes de la historia, los distintos modos de traerlas al presente. Distintas son, asimismo, las maneras de concebirlas como un testigo entre generaciones, esto es, como un nexo de unión entre ellas, dentro de lo que Marianne Hirsch ha definido como la “posmemoria”: «La posmemoria caracteriza la experiencia de aquellos que crecieron dominados por unas narrativas que precedieron a su nacimiento» (Hirsch 1996: 680). Como concepto ambiguo, la posmemoria permite reflexionar sobre las diversas formas de rememoración en términos de generaciones. Aunque ha sido muchas veces criticado (Sarlo 2007), el concepto, no obstante, resulta útil a los efectos de señalar el peso de una memoria normativa en las novelas de la última década. No solo en términos de herencia inter, intra y transgeneracional sino a partir de los procesos de rememoración. En este sentido, el concepto de posmemoria como archivo de procesos remite a un trabajo y despliega así la convergencia entre un planteo ético y las decisiones estéticas respecto de la recuperación del pasado traumático.

A partir del aspecto simbólico y funcional, la novela de Beatriz Gimeno propone algunas interrogantes para analizar: la de la familia en ruptura analógica con la retórica franquista, la del género y de las figuraciones del yo. En nuestro caso, el testimonio se encuentra desplazado y «la confianza en la inmediatez de la voz», a la que se refiere Sarlo (2007), no tiene un primer plano. El paso de la memoria comunicativa a la memoria cultural, está a cargo de una voz que cumple el ethos de instrumento jurídico, en tanto ejerce una modalidad deóntica de escritura y de tematización de la memoria de segunda generación. La tercera persona asume un aspecto de mediación y de protección de la memoria. Dirá Sarlo que «todo testimonio quiere ser creído y, sin embargo, no lleva en sí mismo las pruebas por las cuales puede comprobarse su veracidad, sino que ellas deben venir desde afuera». (Sarlo 2007: 47) En ese afuera aparecen las determinaciones de un ethos prediscursivo en el que autor-narrador, lejos de distanciarse, se pronuncia críticamente. Los modos responden a cómo se organiza el pasado reciente, la memoria de la Guerra Civil, como también de la posmemoria, la de los hijos y la de los nietos, a quienes les toca el deber no solo de resguardar, sino de reconfigurar los sentidos de la memoria transmitida.

3. Modos de configurar el pasado traumático

Elina Liikanen (2012) propone que la narrativa española de los últimos diez años tiene tres modos de representar el pasado. El primero de ellos es el modo vivencial⁵; el

⁵ Aquí toma *Carta blanca* de Lorenzo Silva, *Su cuerpo era su gozo* de Beatriz Gimeno, *Cartas desde la ausencia* de Emma Riverola y *Dientes de leche* de Ignacio Martínez.

segundo modo es el reconstructivo⁶ y finalmente, el tercer y último modo es el contestatario⁷. En el estilo vivencial destaca el predominio de un narrador omnisciente que refuerza el vínculo emocional entre lector y personajes, los roles femeninos y masculinos estereotipados, la recreación de lo cotidiano y la reproducción de emociones y sensaciones, lo que muchas veces lleva al abuso de sentimentalismo y detallismo. Por otro lado, la dualidad de buenos-malos que predomina entre los personajes del modo vivencial, tiende a simplificar los complicados hechos históricos; de igual manera, la puesta en primer plano de los sufrimientos personales relega el problema político y social y tampoco proponen un modo de actuación para el presente, sino que se limitan a detallar el pasado⁸. Señala Javier Lluch Prats:

En el abanico de tendencias que la novela del posfranquismo presenta en el periodo de Globalización en que vivimos, la memoria se define como cómplice del conflictivo realismo y aliado, por ende, del compromiso y responsabilidad de los escritores, pero también de las múltiples figuraciones del yo (2010: 74).

La configuración autobiográfica pone en escena la histórica porque no hay historia sin subjetividad que la aprehenda. Por su parte, el modo reconstructivo sí reflexiona sobre el ayer, se caracteriza por tener un narrador protagonista que, cual detective, se encarga de desvelar un secreto del pasado reciente que luego transmitirá a los lectores. Estas novelas acreditan los pasos de la investigación y procuran una identificación del narrador con un pretérito que, a medida que transcurren las historias, se vuelve más cercano, más propio. El objetivo de esta narrativa es que el lector también sienta como suyo los episodios que se rememoran. El tercer modo, el contestatario, requiere un lector más especializado, se basa en la autorreflexión y explora las implicaciones éticas que conllevan ciertas elecciones literarias. Estos modos, que constituyen la posmemoria, son según la filóloga Liikanen, una forma de «memoria particular y muy potente» (Liikanen 2012: 23) ya que «significan una reformulación imaginativa de la memoria histórica y también un replanteamiento y una revalorización de la historia desde una posición subjetiva» (Liikanen 2012: 12). Las novelas procedentes de esta generación pueden ser consideradas como «una expresión literaria de la posmemoria» que utilizan elementos que proceden tanto de la memoria colectiva, como de la documentación histórica. Ahora bien, al margen de las clasificaciones y categorías en las que se basa Liikanen, podemos ver que en el modo

⁶ En este grupo encontramos a *Soldados de Salamina* de Javier Cercas, *El corazón helado* de Almudena Grandes, *Mala gente que camina* de Benjamín Prado y *Los rojos de ultramar* de Jordi Soler.

⁷ En este grupo recoge *El vano ayer* y *¡Otra maldita novela sobre la guerra civil!* de Isaac Rosa y *Llegada para mí la hora del olvido* de Tomás Val.

⁸ En el análisis destaca *Cartas desde la ausencia*, que según Liikanen es la única que logra salir de la inestabilidad que produce el exceso sentimental en detrimento de la crítica.

vivencial también aparecen matices contestatarios y un fuerte vínculo reconstructivo que nos obliga a pensar en la posibilidad de yuxtaposición entre ambos modos de configuración del pasado traumático. Con esta motivación, trabajaremos con *Su cuerpo era su gozo* a partir de los interrogantes antes mencionados.

4. Familia, género, yo

La estructura de la novela permite la yuxtaposición pasado/presente en dos partes bien marcadas que dialogan entre sí. El presente solitario y marginal del personaje principal quien se asimila al paisaje de ruina de la sociedad franquista, se sostiene por dos paradigmas: el del sujeto lesbiano medicado, por un lado, y el de sujeto ateo, por otro. La soledad detallada choca con el pasado republicano en el que se sitúa el padre de la protagonista: «Ortega era un intelectual. Lo que en aquellos momentos no era precisamente un título de prestigio» (Gimeno 2005: 33). Así, la familia dislocada pero afirmada en la conexión rememorativa es un elemento indisociable de las figuraciones del yo. Luz es un personaje bivalente que siente la opresión del régimen y debe simular: atea obligada a ir misa, lesbiana obligada a callar, maestra obligada a censurar. Detrás de la superficialidad, emerge el motor de lo arcaico: el deseo. Toda la novela parece girar en torno al problema del cuerpo y del goce indecible. En ese goce reside el testimonio con su carga positiva porque es lo que humaniza y borra las diferencias entre los sexos. Dirá en un artículo su autora:

Los científicos llevan siglos creando verdades acerca de la sexualidad y de las diferencias entre hombres y mujeres y esas investigaciones alcanzan carácter de obsesión en los últimos años. Así podemos leer constantemente en los medios de comunicación artículos acerca de investigaciones que recalcan las diferencias biológicas, cerebrales casi siempre, entre hombres y mujeres. Estas investigaciones quieren demostrar que las diferencias entre los sexos tienen una base genética y por tanto son inmodificables. Son utilizadas para justificar las diferencias que todavía persisten entre los sexos (Gimeno 2006).

El deseo es el motor de la configuración del pasado. Dirá la protagonista que es el «agujero por donde todo se cuela» (Gimeno 2005: 8). El foco en los aspectos semióticos de la rememoración es lo que permite el acceso al modo contestatario. A diferencia de lo que sucedía en otras obras de Gimeno, como *Sex* o *Primeras caricias*, en las que el influjo del testimonio en primera persona mantiene la lógica metaautobiográfica, en *Su cuerpo era su gozo* la narración está articulada por una tercera persona. Nuestra hipótesis se afirma que este mecanismo funciona sobre la base argumentativa de genericidad ensayística. La novela privilegia los diálogos para darle el lugar al goce. Lo que emerge en ese deseo es el sinsentido de una doble moral. La esencia de la sexualidad se trastoca en una conciencia



que hace visible la performatividad regulatoria de género (Chaneton 2006). La epistemología del recuerdo está conectada, no con la afluencia entimemática del régimen y sus mitologías, sino con el poder de la sexualidad, con el himeneo y su fuerza desmitificadora:

No es ni deseo ni placer sino entre los dos. Ni futuro ni presente, sino entre los dos. Es el himen lo que el deseo sueña con horadar, con romper en un acto de violencia que es (al mismo tiempo o entre tanto) amor y crimen. Si uno cualquiera tuviera lugar, no habría himen. (Derrida 1981: 212-213).

La trama se apoya en el motor del deseo como búsqueda, como unidad de los opuestos, como derrocamiento de la doble moral, para finalizar en el trastrocamiento del pecado: una maestra que entabla una relación amorosa con su alumna.

El efecto del himeneo trabaja asimismo la recuperación de la memoria histórica de la represión a causa de la orientación sexual durante el franquismo, especialmente las lesbianas, invisibles y marginales. El deseo aparece de manera paradójal: está presente en la construcción femenina del yo, pero debe ser silenciado. Para las protagonistas de *Su cuerpo era su gozo* no hay palabras para nombrar el deseo.

Luz esperaba que pudieran hablar de deseo, palabra maldita e impronunciable, de lo que sentían cuando se acostaban desnudas en la cama, cuando se acariciaban, del placer, de los besos, y de la necesidad también; de las necesidades de la una y de las necesidades de la otra que se habían depurado con los años (Gimeno 2005: 158)

En la cita anterior el cuerpo demuestra más experticia que la palabra. Entre ellas, como sujetos en relación, saben más cosas sobre sí mismas y sobre cómo direccionar el placer hacia la otra, que lo que son capaces de volver palabra dicha y comunicación verbal. El goce radica, como indica el título de la novela, en el cuerpo mismo. No son ajenas a las derivas del deseo, al perfeccionamiento del placer, aunque parecieran esforzarse para que nada de eso se fugara en su discurso; El cuerpo, en cambio, enuncia el deseo, pero también indica que hay una historia detrás. Son parte, en suma, de un silencio que las antecede, de una no-genealogía del deseo desviado. En términos de Monique Wittig (1992), el discurso heterosexual anula e invisibiliza a las lesbianas, ya que no les permite hablar si no es en los términos de esa sexualidad hegemónica y obligatoria. Las palabras que sirven para nombrar el amor y el deseo parecen solo funcionar para subjetividades obedientes de la heteronorma. La novela narra de manera reiterada esta imposibilidad desde el punto de vista de Luz, quien desde la reconstrucción de ese pasado de juventud ha intentado nombrar esa deriva deseante: «porque las palabras de amor al uso no les servían para

nada y tampoco querían pronunciarlas, pensaban que no estaban hechas para ellas» (Gimeno 2005: 137)

[...] como un animal satisfecho que ha visto colmadas todas sus necesidades; recibe a la vida cuando se ducha y mira su cuerpo desnudo en el espejo de cuerpo entero de su cuarto. El cuerpo: lo que es, la posibilidad de enfrentarse a él sin vergüenza, sin temor, la posibilidad de entregarlo a otra, de entregarse; la herencia de su padre, un buen cuerpo, lo único que le ha dejado (Gimeno 2005: 88)

No solo estaban vedadas para ellas, además -y tal vez, sobre todo- no eran útiles para explicar lo que pasaba entre ellas, entre sus cuerpos, con sus identidades. La genealogía familiar incluso se reduce a ese padre y a ese cuerpo. No hay modo de hablar de *lo que quema* porque nada de lo que habían conocido antes les resultaba útil para lo que sucedía entre ellas. Seguimos a Raquel Platero cuando afirma que, durante la represión franquista, las lesbianas se encontraban «sumidas en una situación que carecía de inteligibilidad, sin saber si eran las únicas quienes tenían estas vivencias, carentes de redes, términos y referencias» (Platero 2009: 24). No existe para estas mujeres españolas un espejo donde mirarse que no refleje el casamiento, la maternidad y la familia.

Por la noche descubrían sus cuerpos entre miedos, susurros, alegría, pasión desmedida e inacabable. El cuerpo fue, aquellos primeros años de estudiantes, un secreto bien guardado que desvelaban con pudor y con coraje al mismo tiempo, demorándose la una en la otra, gestionándolo con prudencia, porque no conocían la prisa ni tenían ninguna otra cosa que hacer que no fuera darse una a otra, tomar una de otra (Gimeno 2005: 103)

En apariencia, no hay antecesoras ni pares cuyos cuerpos hablaran el mismo idioma, y en la narración de esa memoria de juventud se construye un profundo sentido de soledad debido a la invisibilización, pues no hay memoria en la que ir a buscar “otras como ellas”. Por eso la noche, el cuarto, lo oscuro hablan de lo clandestino del lesbianismo. El día queda asociado a la productividad del intercambio económico, marital y reproductivo.

Agarrada a ella Luz lloró en silencio y encogida toda la noche y el amanecer la sorprendió sentada en el sillón y pudo ver la luz entrar despacio y como pidiendo permiso por las ranuras de la persiana, amanecía después de todo y a pesar de todo, como siempre amanece y como continuará amaneciendo aun después de que hayamos muerto. Al hacerse de día se preparó un vaso de leche caliente y se fue a la cama tratando de mantener el dolor en cuarentena, luchando porque no explotase y se abriese dentro de ella como una bomba incendiaria que lo arrasase todo a su paso (Gimeno 2005: 256)



Los procesos de memoria que conjugan pasado y presente, dilatan las diferencias temporales pues se enfocan en la duración interna y plenamente subjetiva. Como ilustra la cita precedente, el día implica el fin de la noche en la que las amantes pueden huir del deber social de ser mujeres heterosexuales. Se trata de una trama que parece regirse por instantáneas de un narrador omnisciente y que se concentra en la forma de la historia, en las figuraciones del yo y en la recuperación de un sentido arcaico como emblema ideológico. Este sentido opera asimismo en el poemario *Al menos flores, al menos cantos* (2012). La conexión con la trama de la novela puede verse en dos movimientos claves para pensar la identidad femenina, las alianzas de la amistad y la deconstrucción normativa. En primer lugar, el movimiento que llamamos “de retorsión litótica” y, en segundo lugar, el del tópico del despojo.

El primero puede definirse como aquel gesto argumentativo y polémico que interviene en el campo normativo del tradicionalismo católico. Frente a las estereotipias de la mujer española, aparece el lugar del deseo con valor performativo puesto en lo menor. Así, la búsqueda como motor de verdad e identidad termina en un trazo simbólico que rememora el sentido de guerra, como puede verse en el poema «Sin paz»

[...] Yo también busqué la paz del comienzo del mundo,
La belleza en la sombra,
Para acabar muriendo en medio de la guerra (Gimeno 2012: 25)

No importa ya qué guerra sino su universalización, por eso el sujeto investido de voz femenina puede enunciar aún «soy capaz de apreciar belleza en el desastre» (Gimeno 2012: 24). Como podemos ver, lo menor, lo accesorio, configura un campo semántico de lítote: la calle, la casa, la permanencia. Este hilo se asocia al del tópico del despojo. Como puede verse en «El cuerpo abandonado» (Gimeno 2012: 26) donde se fusionan las metáforas de la enfermedad (la gangrena, la orina, la bilis) que hacen del despojo materia verbal suficiente, como también puede verse en «Mi cuerpo y yo» (Gimeno 2012: 40), en el que el cuerpo se hipostasía en «esqueleto», «cosa», «conjunto impar» y, sin embargo, puede albergar un adentro habitable. Ese habitar confluye y sintetiza un adentro, similar a la infancia (Gimeno 2012: 54) con espacios cotidianos concéntricos entre la casa y la calle que también se resumen en la memoria de la madre.

Mi madre construyó su casa en una soledad redonda,
Sin principio ni fin, perfecta.

[...] al mar, igual que al útero. (Gimeno 2012: 65)

En *La Poética del Espacio* Bachelard (1975) menciona aquellos espacios e imágenes subjetivas que provocan sentimientos de protección, comodidad, seguridad. Dichos espacios son reductos de experiencias intransferibles que trazan imágenes subjetivas de protección y seguridad en relación con objetos, en especial con la casa. Creemos que/ De esta manera la metáfora de la casa y, en especial, aquellas imágenes concéntricas ligadas a la madre, asumen un lugar clave para pensar la identidad. En principio porque es el lugar de lo arcaico; el espacio donde la pervivencia ideológica de la transgresión se plasma narrativamente. En otro momento dirá «[...] Paladear la memoria que se abre en la ruina del presente» (Gimeno 2012: 34), como un modo deóntico de pensar el pasado interviniendo corporalmente el presente. Así lo arcaico funciona sobre lo semiótico, pero sin perder el aspecto ideológico transgresor la subjetividad innominada.

5. Lo arcaico ideológico

El testimonio funciona en la novela, como hemos mencionado, de manera indirecta la mayor parte del tiempo narrativo (mediante la tercera persona) y a partir de la percepción en las protagonistas. La sexualidad como signo de la diferencia proyecta la ruptura de la antinomia racionalidad/irracionalidad. La identidad que buscan las protagonistas femeninas de la obra articula lo arcaico en términos de un pasado a recuperar anterior a la Guerra Civil. Los matices ideológicos republicanos suponen, no solo el gesto intelectual, sino las oportunidades para la mujer, en boca del padre de la protagonista «Se llamaba María Luz. Pero era Luz a secas» (Gimeno 2005: 34). La negación de Dios, del matrimonio y de los hijos, será clave para comprender la diferencia. Las protagonistas femeninas vivencian lo clandestino de la relación amorosa como un paraíso perdido, lo que desvela la doble moral del régimen. Los policías / El policía imaginan la relación sexual de las protagonistas Luz y Ali mientras mantienen relaciones con la prostituta llamada “La chata” porque un amante le arrancó con sus dientes la nariz; el decano de la facultad las denuncia y las envía a un psiquiatra por su relación antinatural, rasgo que se intercala en el fluir íntimo del texto a partir de una carta del psiquiatra al padre, que funciona como paratexto. El diálogo está entretejido entre el himeneo y la estructura de deseo.

En este punto, la doble moral aparece sostenida por el castigo como amenaza constante, llevada a cabo por distintas instituciones: la familia, la policía, la iglesia y la psiquiatría. Particularmente, es la institución jurídica-policial la que tensiona de manera permanente y sugiere el castigo como corrección, aunque la prohibición no haya sido enunciada. Las escenas alrededor de la autoridad policial y la investigación que llevan a cabo, incluso mediante esa representación de la intimidad antes mencionada del policía, ponen de manifiesto una imposibilidad de determinar un delito. La investigación no resulta concluyente ni probatoria, aparece insinuada una y otra vez. Es decir, no hay



pruebas certeras de que se haya cometido un delito. Entonces, ¿qué es lo que se investiga? Desde antes de empezar con las averiguaciones, ya han determinado que la conducta de las protagonistas es, por lo menos, indecente. En este sentido, pareciera que la investigación en sí no aporta información valiosa para ninguna sentencia porque hay un juicio establecido antes de comenzar. La investigación sería el mismo castigo. Se observa para amedrentar y marcar la diferencia, y así, lo que debe ser reeducado. El castigo es amenaza constante, aunque no haya un delito que penar. No se nombra aquello que debe corregirse. «Lo que hacen está mal dice el policía», aunque lo excite. La culpa se traslada hacia ambas protagonistas, aunque de maneras distintas para cada una de ellas. Para Ali, que con la intervención policíaca se alía a la moral mayoritaria: «Dios mío! gritó ¿Qué me pasa?» (Gimeno 2005: 94) y su construcción identitaria se vuelve un error para ella, ingresando al espacio físico de la iglesia para dejar allí su perdón, y así su pecado, para lograr continuar viviendo. Luz, por su parte, no duda de la legitimidad de su deseo, pero sí del modo en que han ocupado el espacio social: ¿valía la pena la clandestinidad?

Consciente desde el principio de la novela que no hay lugar para ellas en ese orden de cosas, considera que se han vuelto descuidadas; de algún modo, se confirma para ella la represión, y su incapacidad para sortearla. De este modo, las intervenciones institucionales ponen en duda cada paso dado por la configuración identitaria de la protagonista. Como sostiene Angie Simonis «Las relaciones homoeróticas contempladas desde una óptica masculina heterosexual no parecen concebir que éstas puedan ser una opción vital» (Simonis 2008: 250) Su deseo es contravencional si de vivir en sociedad se trata, pero factible como fantasía para los otros. A partir de allí, sus espacios seguros comienzan a agotarse y ni la Universidad ni Valencia son lugares en los que pueden descubrir quiénes son y de qué está hecho su deseo.

6. Conclusiones

Hemos pretendido en este trabajo contribuir a la discusión teórica y crítica acerca de las identidades divergentes como las referidas a las lesbianas, en particular, pero también en su conexión con las minorías (en el sentido de considerar a las lesbianas junto a los grupos LGTBIQ grupos minoritarios) y las poblaciones vulneradas. En la novela la búsqueda de identidad entonces se proyecta hacia una arcadia, que es el dormitorio en la Universidad, en Valencia, de donde son despojadas. Esa intimidad se vuelve amenazada. Son desplazadas de manera constante de esos espacios, de esos pequeños «cuartos propios» en términos de Virginia Woolf, que las albergan temporalmente y les permiten desarrollar su propia subjetividad. Esa operación en tanto *plan de acción* que les permite huir del pueblo y así, aparentemente, de sus obligaciones contractuales y sentimentales, es una operación de alianza antes que una pulsión amorosa. Claro que el objetivo

principal parece ser “huir para quererse”, pero el modo en que la planificación de la huida se construye narrativamente parece ser el de una alianza. El final nos muestra a Luz intentando una nueva relación donde prevalece el miedo y la presión social antes que la libertad. El gesto de denuncia se aleja de una operación realista y se asume en la construcción poética de la intimidad. Sin duda es el espacio de deconstrucción de la retórica del régimen. El final deja ver la latencia de una identidad que no es solamente una identidad de género, sexual o ideológica, sino una identidad política, cuyo signo es el deseo que yuxtapone, que contradice y que es imperativo ético. Así los modos vivencial, contestatario y reconstructivo se conjugan en la voluntad del deseo que es transversal a la búsqueda de la memoria histórica. El testigo moral que es la apuesta del narrador omnisciente reflexiona sobre los modos de relatar el pasado traumático a la vez que interviene en la memoria cultural de una forma política y ética cuyos sentidos intentamos desentrañar.

BIBLIOGRAFÍA

- Bachelard, Gaston. *La poética del espacio*. Buenos Aires: FCE, 1975. Impreso.
- Chaneton, July. *Género, poder y discursos sociales*. Buenos Aires: Eudeba, 2006. Impreso.
- Derrida, Jacques. *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona: Paidós, 1981. Impreso.
- Gimeno, Beatriz. *Su cuerpo era su gozo*. Madrid: Foca, 2005. Impreso.
- . *Historia y análisis político del lesbianismo*. Barcelona: Gedisa, 2005. Impreso.
- Halbwachs, Maurice. *Les Cadres Sociaux de la Mémoire*. Paris: Albin Michel, 1968. Imprimé.
- Hirsch, Marianne. «Postmemories in Exile.» *Poetics Today* 17 (1996): 659-686. Print.
- Hutton, Paul. *History as an art of memory*. Hanover, N.H: University Press of New England, 1993. Print.
- Juliano, Dolores, y Raquel Osborne. «Prólogo: las estrategias de la negación. Desentenderse de las entendidas.» Raquel Platero (coord.). *Lesbianas. Discursos y representaciones*. Madrid: Melusina, 2008. 7-16. Impreso.
- Lagarde de los Ríos, Marcela. «Pacto entre mujeres: Sororidad.» *Aportes para el debate*, 2006. www.celem.org. Web. 30 de mayo de 2022.
- Liikanen, Elina. *El papel de la literatura en la construcción de la memoria cultural: Tres modos de representar la Guerra Civil y el franquismo en la novela española actual*. Helsinki: Universidad de Helsinki, 2015. Impreso.
- Nora, Pierre. *Les lieux de mémoire*. Paris: Gallimard, 1997. Imprimé.
- Platero, Raquel. «Lesboerotismo y la masculinidad de las mujeres en la España franquista.» *Bagoas, Estudios gay, géneros e sexualidades* 3 (2009): 15-38. https://www.cchla.ufrn.br/bagoas/v02n03art01_platero.pdf. Web. 30 de mayo de 2022.



- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. México: F.C.E., 2000. Impreso.
- Rubin, Gayle. «El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política” del sexo.» *Nueva Antropología* VIII.30 (1986): 95-145. Impreso.
- Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo*. Buenos Aires: Siglo XX, 2007. Impreso.
- Simonis, Angie. «Yo no soy esa que tú te imaginas: representación y discursos lesbianos en la literatura española.» Raquel Platero (coord.). *Lesbianas. Discursos y representaciones*. Madrid: Melusina, 2008. 233-280. Impreso.
- Winter, Ulrich (Ed.). *Lugares de la memoria de la Guerra civil y el Franquismo. Representaciones literarias y visuales*. Madrid: Iberoamericana, 2006. Impreso.
- Wittig, Monique. *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Madrid: Editorial Egales, 1992. Impreso.

Fecha de recepción: 21 de junio de 2021
Fecha de aceptación: 28 de febrero de 2022